

GIOCONDA BELLI

Las fiebres
de la memoria



Seix Barral

A Charles Castaldi, mi compañero, amigo, esposo. Su curiosidad, joie de vivre, su talento y sentido del humor, enriquecen mi vida cada día.

A mi padre, Humberto y a mi abuela Graciela.

CAPÍTULO 1

¿Qué piensan los enterradores? ¿Qué pensaron quienes cargaron mi féretro en la noche húmeda y calurosa de agosto en París? Irían a paso lento para no tropezar ni deslizarse sobre el musgo húmedo de otras lápidas. Sus hombros creerían soportar el peso del duque Charles Laure Hugues Theó bald Choiseul de Praslin, que tras asesinar a su esposa se envenenó. Sospecho que les complacería secretamente llevar a un noble a la esquina apartada del camposanto, dejarlo caer sin miramientos dentro de la fosa recién cavada, darle el entierro propio de un criminal solo, sin familia doliente, o hijos que se preguntaran si esa maldad habitaba en su linaje. Los enterradores trabajarían de prisa, anhelando el cocido que los esperaba en casa, apilando veloces las paladas de tierra sobre el féretro, escuchándolas caer como bofetadas contra la madera. Uno de ellos clavaría después el madero vertical con el número 5701 toscamente grabado. Pensarían que era justo que yo no contase siquiera con la cruz rudimentaria asignada a los pordioseros.

Tres años después, Jacques, el sepulturero de Vaux-le-Vicomte, descubriría el engaño, las piedras dentro de mi

ataúd. ¿Se alegraría? Me conocía desde la niñez. De joven era jardinero, cultivaba los rosales de donde provenían las rosas que mi madre hacía colocar en los jarrones de nuestro *château* de Maincy no bien empezaba la primavera.

¡Ah, Vaux-le-Vicomte! Muerto mi padre, yo fui el heredero. Me gasté una fortuna renovando aquel castillo magnífico, mi fortuna y la de Fanny, mi ahora difunta esposa. Ella no lo objetó. Ese proyecto lo hicimos ambos, sin querellas. Ella se soñaba señora de la belleza arquitectónica y del lujo del palacete, yo de los jardines más bellos de Francia. Mi familia poseía Vaux-le-Vicomte desde 1764. Nosotros lo llamábamos Vaux-Praslin. El castillo fue propiedad de Nicolás Fouquet, el financiero de Luis XIV, que terminó preso, acusado de malversación de fondos. Mi padre afirmaba que Fouquet fue víctima de envidias y, sobre todo, de la codicia del Rey, que odió que alguien tuviese un castillo más imponente que el suyo. Lo mandó apresar, saqueó el castillo y envió a Le Vau, Le Nôtre y Le Brun, sus creadores, a diseñar y construir Versalles.

En Vaux-Praslin, nuestros hijos y su aya, Henriette Deluzy Desportes, disfrutaban largas caminatas alrededor de los diseños geométricos del parque, los parterres de lilas, las avenidas de tilos, las enredaderas de rosas trepadoras. Cuando Jacques, en ese entonces jefe de jardineros, perdió súbitamente a su mujer, la soledad y la vejez lo tornaron adusto y sombrío, lo dotaron para el oficio de guardar las criptas del cementerio familiar.

Creo no equivocarme al pensar que fue a él a quien mi hermano Edgard le asignó la tarea de recuperar mis restos de la oscura y anónima tumba de paria en la que reposaban y trasladarlos al lado de Fanny. Puedo imaginar al desencajado,

viejo y grueso sepulturero a la puerta del estudio del nuevo Duque, sin encontrar palabras para revelar el insólito hallazgo. El leal Jacques contemplaría a mi hermano tras el escritorio, lo vería alzar el rostro, interrogarlo con la mirada tranquila, esperando simplemente la aseveración que al fin el cadáver retornaba a la familia para yacer al lado de la esposa en la cripta familiar de Praslin.

El mismo día de mi muerte, el 24 de agosto de 1847, tuvieron lugar las pompas fúnebres de mi Fanny, Duquesa de Choiseul Praslin. Su catafalco fue colocado en la nave central de la Iglesia de la Madeleine. Asistieron a la ceremonia representantes del rey y la reina, además de los ministros del Interior y de Justicia y la más alta nobleza. París entero lamentó el suceso, la multitud se aglomeró en las aceras, la ciudad lloró el fin trágico de la Duquesa y expectante aguardó que la justicia señalara al culpable.

A la puerta del despacho de mi hermano, el sepulturero Jacques querría condolerse con él de mi engaño, reprobar mi traición. Otro en su lugar habría dudado entre revelar la verdad o guardar para siempre la mentira de mi desaparición, pero ya mencioné que Jacques era leal a la familia. Revelaría su hallazgo en una frase. Frente a él, mi hermano se mostraría impertérrito, pero comprometería al sirviente a un pacto de silencio bien remunerado. Él y yo éramos de la misma estirpe austera, reservada. Ambos heredamos de mi madre la preocupación por las formas, que ella se esmeró siempre por mantener de manera obsesiva. De pequeños vivimos en un hogar infeliz, forzados a portar la máscara de niños felices y de buenos maneras. Fuimos una familia adversa al es-

cándalo. Para Edgard, mi fingido suicidio tendrá que haber sido un alivio (en su lugar yo pensaría de la misma manera). Estaría de acuerdo en que mi muerte fingida era la solución más decorosa para lidiar con el infortunio de mi desgracia. Así las cosas, a él sólo le restaba conservar las apariencias. Mandó a esculpir mi lápida. La colocó al lado de Fanny. Si hay vida tras la muerte supongo que será ella la más ofendida por verse forzada a yacer al lado de un sepulcro vacío. Me atrevo a pensar, sin embargo, que a pesar del engaño le plazca pensar en la falsa posteridad de nuestro matrimonio, en las futuras generaciones preguntándose qué conversarían nuestros fantasmas.

CAPÍTULO 2

El día en que debí haber muerto (el arsénico mordía furiosamente mis entrañas y el dolor intolerable me hacía perder benevolente la conciencia, de manera que la realidad y las imágenes de mi psiquis eran indivisibles), fui sacado de la habitación donde Pasquier mandó recluirme en la prisión de la nobleza desde la Revolución, el palacio de Luxemburgo, por dos hombres, que tomándome cada uno de un brazo me alzaron de la cama y sin que mis pies tocaran el suelo, me llevaron al patio donde esperaba un coche. No sé qué deliraba, pero en mi olfato persistía asfixiante el olor pegajoso, denso, de la sangre de Fanny. Ignoraba aún la regularidad con que ese hedor me despertaría de improviso ya fuera al mediodía o la noche. Ni los olores del trópico, ni el de la tierra mojada en los inviernos de Matagalpa lograron borrarlo. Se quedó conmigo como un castigo, como si la mirada alocada de Fanny lo hubiese impreso en mis sentidos para que nunca la olvidara, para forzarme a mirarla al cerrar los ojos; mirar su rostro, su cuerpo roto como una maligna fuente que vertiera el rojo de su último atardecer sobre la tierra. No me ocuparé más de ella. Olvido, olvido. Eso es lo que deseo. En el patio del palacio me vendaron los ojos, me ataron las muñecas y me lanzaron al interior del carruaje. A

los estragos de mi interior hube de agregar el terror. Quería morir, pero en mis propios términos. La idea de la muerte en el cadalso me causaba flojera en las piernas y una agitación mental insoportable. A pesar de los estragos del arsénico, recordé al médico susurrándome al oído que, tras seis días de tormento, el veneno ya no me mataría. ¿Avisaría al rey? Traté de calmarme concentrándome en ahuyentar el olor. Aspiré profundo el sudor de los caballos, el olor a basura de las calles nocturnas. Recuerdo su piafar cuando partimos a gran velocidad. Cada movimiento me atravesaba de dolor las entrañas. Me quejé. Sollocé. Pregunté si me llevaban al cadalso. No me respondieron. Iba solo. Mis raptos se acomodaron junto al cochero. Razoné que la tarima y el verdugo no serían mi destino final. Un par de Francia no muere en la guillotina con tan poca ceremonia. Me abandoné al olor del tapizado del coche, un olor mustio, a lodo y hojas secas. El ardor de mis tripas me mordía el corazón y los pulmones. Las arcadas de la náusea no producían más que bilis, pero aliviaban un poco la puñalada en mi esternón. Puñalada. Sobre Fanny. Pero ya ese capítulo de mi vida estaba concluido. No la vería más. Nunca más. Y eso era un alivio. A veces la libertad puede costar la vida. La rue Vaugirard estaba ya lejos cuando perdí el conocimiento.

Lo recuperé en una habitación de paredes color ocre, sobre una cama mullida en demasía pues recuerdo la sensación de estar hundido en aquel lecho casi sin poder moverme. Un hombre de piel aceitunada, bigotes y barba oscuros, cejas gruesas, ojos profundamente negros y nariz finamente trazada, se inclinaba sobre mí. A su lado vi una mujer como una letra i, extremadamente delgada, con el pelo atado en un turbante. Sus facciones eran tan similares a las del hombre

que imaginé sería su hermana. Sostenía una bandeja de hojalata en sus manos.

—Soy Ibrahim —me dijo el hombre—. Voy a salvarle la vida.

—No se moleste —atiné a decirle—. No me interesa.

—Quien me ha pagado para que lo haga tiene más poder que usted, así que tendrá que soportarlo, Monsieur George.

—No me llamo George. Llámeme Charles.

—George. Así se llamará de ahora en adelante.

Dicho esto, él y la hermana tomaron posesión de mí. No hubo ninguna contemplación para mis quejidos, ni protestas. Me desnudaron envolviéndome en una suerte de sudario que mantuvo mis brazos inmóviles e impidió que la emprendiera a manotazos. Me aplicaron lavativas y vomitivos. Líquidos livianos y densos entraron y salieron de mi cuerpo. Me sumergieron en baños con agua tan caliente que me escaldaba la piel; mañana y tarde encendían braseros y quemaban aceites en mi cuarto sin ventanas hasta que el calor me ponía a sudar. Ibrahim me acompañaba mientras mi piel descargaba los venenos con que intenté quitarme la vida. La hermana jamás dijo una palabra. Sonreía sin compadecerse de mis ruegos de poner fin a los múltiples tormentos de agua a los que me sometieron sin parar día y noche por tres o cuatro días. Ella cocinaba en el brasero unas sustancias con olor penetrante que mezclaba con el té que me daba a beber sin cesar. Poco a poco se mitigó el dolor de los intestinos, dejé de oler a cloaca y ajo, y pude tomar caldos y jugos hechos con vegetales y pimientos. Dormí mucho. En los sueños, el olor a sangre retornaba. Yo no podía hacer nada más que flotar en el denso líquido rojo que fluía en mis ensoñaciones como un río, enredándose en los bucles y las pestañas del rostro impassible o lloroso de

Fanny. Despertaba en medio de gran agitación, pero a medida que fui recuperando fuerzas, la noción de estar vivo, de haber sobrevivido, fue instalándose en mi conciencia obligándome a imaginar los días que vendrían. El tiempo al que traté de renunciar cuando intenté suicidarme, se presentó ante mí con sus horas y minutos disponibles. A la postre, cesaron las curaciones de Ibrahim y la hermana. Su empeño se volcó ahora a alimentarme con caldos, cereales y platos ligeros y delicados de arroz, hasta que el hambre empezó a manifestarse. Con el hambre, llegó también la angustia. ¿Para qué me daban de comer? ¿Quién me protegía? Leía los diarios. Las pruebas me acusaban del crimen de mi esposa. El escándalo no amainaba. Se decía en París que mi muerte era un ardid para evitar el juicio y sentencia de un personaje de mi rango y alcurnia, un ser hecho a la medida para encarnar lo que el pueblo odiaba de la aristocracia. Culpaban al procurador Pasquier, a mis colegas en la Cámara de los Pares, al rey Luis Felipe. Mi caso, como un malévolo imán, concentraba rabias y frustraciones. Bien claro era para mí que quien magnánimo intervino para salvarme, no hizo más que condenarme a peor suerte. Yo tendría que sufrir en vida las consecuencias de la muerte física. No podría jamás acercarme a mis hijos: Isabelle, Louise, Berthe, Aline, Marie, Gaston, Leontine, Horace y Raynard; mis propiedades serían entregadas a otros, mi nombre quedaría para siempre reducido a la ignominia. Si aquella charada de mi entierro simulado se descubría, sin duda yo pasaría a la historia como el mayor truhán de Francia.

Ibrahim sonreía enigmático cuando en mi desesperada incertidumbre irrumpía en diatribas furibundas importunándolo cuando llegaba a alimentarme, pues él y su hermana me tenían encerrado en la ocre habitación sin ventanas en

que me salvaron la vida. Una vez que mi razón emergió del estado de confusión y delirio de los primeros días, descubrí la ausencia de mi anillo de zafiro con el escudo ducal, así como la de mi alianza matrimonial. Pregunté, demandé saber si acaso algún desgraciado con parecido a mí me había sustituido en la muerte. No fue sino años después que leí autopsias y testimonios inexplicables, un relato de Víctor Hugo incluso, alabando mi buen físico. Tras cuanto he vivido no me extraña. Los seres humanos tenemos curiosas maneras de ver o no dependiendo de nuestra voluntad. Pienso además que la muerte protege de las miradas. Los ojos del vivo rehúyen mirar el rostro de la muerte, sea de quien sea.

Pasaban los días. Fátima me daba opio y mis sueños a veces eran viajes en el tiempo, largos paseos, discusiones con el arquitecto Visconti sobre la reconstrucción de Vaux-Praslin, largos recorridos por los salones, la cúpula con los frescos que tomaban vida y donde figuras mitológicas corrían en bosques densos tras ciervos que súbitamente se tornaban diosas desnudas; Henriette y los niños, Raynard, mi pequeño de seis años, reía o destrozaba soldados de plomo de casacas rojas que empezaban a sangrar. Uno de esos días desperté con la sensación de que la habitación estaba oscura y se balanceaba. Cerré los ojos. Dormí más. Volví a despertar. La habitación ocre no reapareció. Al fin desperté. Ibrahim se inclinaba sobre mí. Monsieur George, Monsieur George, me sacudía. Me percaté de que estábamos en una estancia reducida, en penumbras, que no era ya producto del opio. Por el movimiento y el olor a maderos húmedos deduje que era una barcaza.

—¿Río? ¿Mar? —pregunté.

—Río —respondió Ibrahim.

—¿De dónde zarpamos? —pregunté.

Viajábamos por el Sena hasta Le Havre me respondió mi acompañante. De allí seguiríamos hacia la Isla de Wight. Intenté ponerme de pie, pero no lo logré. Desistí de hacer más preguntas. La mente de Ibrahim funcionaba con un orden estricto y desesperante lentitud. Una andanada de preguntas sólo lograba obtener respuestas vagas o crípticas distribuidas a través del día como frases extemporáneas. Además, nuestro destino, la Isla de Wight, despejó mis dudas sobre la identidad del misterioso benefactor, artífice de mi escape del palacio de Luxemburgo. No me cupo dudas. Se trataba del mismísimo rey: Luis Felipe de Orleans. Su relación con la reina Victoria de Inglaterra era muy cercana. Apenas tres años atrás, ella y su esposo Alberto protagonizaron la primera visita de Estado de la corona inglesa a Francia desde 1520. En 1844, el rey Luis Felipe correspondió y visitó a la reina. Lo acompañé en aquel viaje. Después del boato de las ceremonias en Londres, la reina Victoria y el príncipe Alberto invitaron a un grupo de los nuestros a pasar unos días en la Isla de Wight. Sin Fanny, pasé dos días gloriosos en Norris Castle. El castillo de tres plantas, aunque pequeño, era cómodo y gracioso, con grandes ventanales desde los cuales se apreciaba el Solent, el estrecho que separa Gran Bretaña de la isla. El príncipe Alberto llegó acompañado del arquitecto Thomas Cubitt, un hombre sin pretensiones a pesar de su fama y fortuna. Un romántico. Usaba las camisas de pecheras y mangas orladas que yo detesto. Sus ojos grandes y oscuros le daban la apariencia de un niño desvalido. Falsa impresión. Cubitt estaba entonces a punto de iniciar la construcción de Osborne House, tan deseada por la reina. Quizás llegue a ver cómo avanza la obra ya que dudo que esté terminada, pues la

reina y el príncipe planeaban un palacio monumental. Ambos pasaban largos ratos con Cubbit frente a los ventanales, imaginando cómo orientar el nuevo palacio para mirar la costa y el agua azul y profunda del Solent que el príncipe Alberto comparaba con la Bahía de Nápoles. Aquella vez di largas caminatas sobre la costa llena de piedras blancas. Pensé en Henriette, en mi situación de presa atrapada por el amor de dos mujeres inmensamente diferentes la una de la otra y, sin embargo, dispuestas ambas a reinar de forma absoluta sobre mí. Se parecían a mi madre. ¿Sería por eso por lo que tan a menudo intenté complacerlas? ¡Mequetrefe de mí! Jamás habría imaginado el funesto fin de todo aquello, cómo terminaría por destrozarnos.

En el palacio de Luxemburgo, mientras me debatía entre la vida y la muerte, Pasquier, el Procurador, me confrontó con Henriette. No quise siquiera mirarla. Cerré los ojos, tan fuerte como pude. Ella supo exactamente qué decir y qué hacer. Así era. No perdía jamás la compostura. En la prisión de la Conciergerie habrá mantenido su aire de gacela, la lucidez de sus grandes ojos castaños, el olor angelical de su piel. Seducirá a quienes se topen con ella y saldrá airosa. Lo sé sin ninguna duda. Pocas personas hay de su especie, y pienso que en esa rara categoría ella ocupa una jerarquía superior. ¡Ah, Henriette! *Ah, femme terrible!*

El viaje sobre el Sena hacia Le Havre tomó varios días. Me dejé mecer por el sonido del agua bajo la panza de la barcaza, el aire agitando las velas, los roncós sonidos de las bocinas, las gaviotas y sus graznidos. Ibrahim pagó a los cuatro tripulantes para que nos alimentaran sin preguntar nada. Algunas noches, él me ayudó a salir de mi escondrijo a respirar el aire y contemplar las estrellas y la luna. Yo miraba el firmamen-

to, pero más que la grandeza del cielo me atraía observarlo a él. Su actitud protectora era la de alguien acostumbrado a guardar, no ya las personas sino sus sombras. De movimientos era rápido y se adelantaba a los acontecimientos como si pudiera prever el actuar de los marineros. Por su acento lo supuse originario del Magreb. Berebere de origen quizás, o descendiente de los moros derrotados en España por Isabel de Castilla y Fernando de Aragón. La curiosidad retornaba lentamente a mi estado de ánimo hasta ahora absorto en el oficio de la sobrevivencia, pero me resistía a fomentar intimidad con Ibrahim. Temía que esas noches sobre el río, interrumpidas de tanto en tanto por el cruce de otros botes y las voces de tono bajo de quienes descansan de su autoridad bebiendo vino, disminuyeran la distancia entre él y yo. No quería encontrarme con que él también tenía preguntas que hacerme. Sus atenciones eran constantes, pero me trataba como una serpiente venenosa con la que debía convivir en el reducido espacio dentro del barco. Evitaba tocarme, rozarse conmigo. Me ponía los platos al frente sobre un arcón de madera que utilizábamos de mesa, pero tan pronto yo me acercaba a los alimentos, él se apartaba como si temiera que lo atacara a dentelladas o lo contaminara con mis manos.

Era de esperarse. En adelante cualquiera que llegase a conocer quién era me temería. Fue en el trayecto hacia Le Havre cuando empecé a percatarme de que tenía que inventarme una identidad distinta. Ibrahim me llamaba Monsieur George. Mi protector le habría instruido de no mencionar mi nombre, de no referirse a mí con el usual tratamiento de *Monsieur le Duc*.

Tras cuarenta y tres años de portar el título nobiliario que desde 1762 se le concediera al primer Duque de Praslin,

del condado de Choiseul, para mí, Charles Theó bald, hijo de Raynart Félix Choiseul de Praslin y de Charlotte-Olympe de Breteuil, asumir un nombre supuesto era una forma superior de suicidio. Me había librado de los dolores del arsénico, respiraba y mi corazón, mi aparato digestivo y mi sistema circulatorio cumplían su rutina obediente, pero el ente que era yo hasta entonces debía desaparecer, morir, para que naciera otro yo. No podía imaginarlo. No concebía existir con otro nombre. Tampoco podía imaginar dónde me llevaría ese escape absurdo al que me forzaban. Si cerraba los ojos, mi mente era un lago de sal, una pradera cubierta de nieve. La vida corriendo por mi cuerpo, la visión del firmamento en la oscuridad, salir del recinto ínfimo que Ibrahim y yo compartíamos, cargado de olores y sudores, al aire dulzón, vegetal, del río, me obligaba a celebrar el estar vivo. Pero cuando el olor de la sangre me despertaba por la noche, maldecía la magnanimidad de quienes no me permitieron morir.

En Le Havre, tomamos otro barco. Ibrahim me envolvió en una *djellaba* color arena. La caperuza alzada me cubría la cabeza. Él se vistió de igual manera y negoció con el capitán del barco el pasaje de ambos a la Isla de Wight. El velero en que nos embarcamos llevaba pocos pasajeros y transportaba aves, cerdos y vegetales. Nuestra cabina no era muy amplia, pero comparada a la que teníamos en la barcaza era mucho mejor, con ventanillas que dejaban entrar el sol y el aire, y a través de las cuales era posible apreciar si el agua estaba quieta o agitada. A un lado había un camarote con colchones de paja en buen estado, y al otro un mueble para poner nuestros enseres y un escritorio angosto, pegado a la pared. Partíamos esa misma noche e Ibrahim me dejó solo para salir al pueblo a comprar víveres y vino, además del papel y las plumas y

tinta que le pedí, pues fue entonces que tuve la ocurrencia de iniciar la redacción de estas notas, crearme un espacio donde continuar siendo quien era. Me motivaba además la idea de que mis hijos algún día pudiesen leerme, conmiserarse de mí y conocer lo que realmente había sucedido con su padre. ¡Qué bien que Theó bald tenga esperanzas, me digo, porque «Monsieur George» no tiene ninguna! Él piensa que sus hijos no sabrán nunca más nada del padre. Después de lo que han sufrido y sufrirán por «el caso Praslin», ¿quién osará darles otra versión de la misma historia, una versión carente de pruebas? El cobarde Theó bald que fui estaba condenado a muerte y debía desaparecer para siempre. En cambio, yo, por mucho que desee a ratos morir, respiro a todo pulmón. El aire del mar que entra por las escotillas me sienta como una droga, me intoxica con un placer que hasta ahora jamás conocí. Pero de esto quizás también valga la pena dejar constancia. He sido desde mi más incipiente infancia un ser sometido a lo que debía ser, a mis títulos, a mi posición social, mi vida dominada por estrictos códigos que regían con rigor tanto mi vida cotidiana como las grandes decisiones. Heredé Vaux-Praslin, pero también el sastre de mi padre, su zapatero, su suplidor de brandy, el fabricante de la compota con que untaba el pan del desayuno, el telar de la seda de mi bata de casa, mi sitio en la Cámara de los Pares de Francia. Ser noble requiere ese sometimiento al pasado, a la repetición que es esencial para la nobleza.

Ser Theó bald requería que repitiese a mi padre, que no alterara costumbres y conservara tradiciones. Nueve hijos atestiguan que cumplí mi parte. Pero ni la nobleza rancia ha logrado aislarse de cuánto ha cambiado en Francia; por todas partes hay ranuras, garras que lo desvisten a uno de medallas

y falsas charreteras. El «George» que quizás me habitó desde siempre agazapado entre las costillas, celebró que Henriette Deluzy Desportes, con su manera sutil de pretender inocencia, me revelara que se podía desafiar el destino y construir una vida alterna donde ejercitar el derecho a ser lo que uno deseaba. Ella hizo surgir mi lado oculto, hedonista, lúdico. Pero fue en vano. Entonces, en mi vida de Theóbold, sólo a Theóbold le era dado existir. No acepté su reto. Me incomodaba alejarme de quien era. Caí en la cuenta de que me sería imposible sustituir al personaje construido, alimentado, protegido con tanto empeño la mayor parte de la vida.

Fanny me acechó día y noche con su amor desaforado. No se equivocó en sospechar lo que percibía, pero su reacción fue una avalancha que arrasó la ciudad de nuestra vida.

Pobre Fanny. La quise hace mucho. La recuerdo con sus grandes sombreros de paja en el verano, los lazos en las faldas, su risa impúdica, de niña mimada.